

DE NORMAS Y GUSTOS.

Ana López Vega. Universidad de Sevilla.

Durante toda la historia de la filosofía se ha entendido a Hume como un subjetivista en lo que a su teoría moral y su doctrina estética (si puede decirse así) se refiere. Pero trataré de hacer ver cómo Hume va más allá de la mera cuestión estética, ya que más que esto lo que pretende realizar, a mi parecer, es una filosofía social que no necesita de una referencia metafísica o psicológica puesto que nos hallamos en un nivel práctico en el cual la norma del gusto se forma y sustenta como tal.

Pero sí que es cierto que se entiende que Hume es un subjetivista, en lo que a estética se refiere, y el principal motivo para ello se sitúa en la afirmación que se recoge en *La norma del gusto* de que la belleza no es una cualidad de las cosas mismas sino que es algo que pertenece solo a la mente del sujeto que las contempla, y que cada ente percibe por ello una belleza diferente¹.

Con esto parece que el objeto es simplemente algo que se nos muestra y que provoca en nosotros, elementos pasivos, un sentimiento o afecto que es la belleza. Nos estamos moviendo en un nivel de estímulo-respuesta. Lo que Hume señala no es más que la existencia de una conformidad, una relación entre el objeto de nuestra observación y nuestros órganos o facultades.

Muchas son, además de esta, las afirmaciones que nos hacen ver en Hume una concepción psicológica, como el hecho de afirmar en *Sobre la delicadeza de gusto y de la pasión* que al hablar de cuestiones de gusto, no estamos hablando de algo que tenga que ver con la razón, sino que se trata más de un problema de sentimiento relacionado con aquello que percibimos.²

Si Hume es un subjetivista, parece fácil abrir las puertas al relativismo, y este se hace patente en lo que al gusto se refiere. Por las razones que acabamos de ver, no podría haber un sólo tipo de gusto, sino que cada hombre (en la medida en que en él se despierta un sentimiento distinto) tiene su propio gusto, y es nuestra común constitución lo que asegura la uniformidad en los gustos simplemente como una tendencia natural.

Una de las afirmaciones que confirman esta tendencia al subjetivismo es la que sostiene al comienzo de *Sobre la norma del gusto*, al decir que en el mundo existe gran variedad de gustos y esto es obvio incluso para el más descuidado de los investigadores.³

Por tanto, esto capacita a Hume para decir que cualquier organización es correcta porque ningún sentimiento representa lo que realmente hay en el objeto, sino que siempre nos estamos moviendo dentro de una cuestión subjetiva, una cuestión de gustos.

A pesar de todo Hume verá necesario encontrar una norma del gusto, porque aunque todos podemos emitir juicios de este tipo, hay algunos que consideramos como buen

¹ Véase D. Hume, *La norma del gusto*, Península, Barcelona, 1989.

² Véase D. Hume, *Sobre el suicidio y otros ensayos*, Alianza, Madrid, 1988.

³ Véase D. Hume, *La norma del gusto y otros ensayos*, pp. 23, ss.

gusto y otros como mal gusto. Para establecer la diferencia se hace necesario la búsqueda de dicha norma. Por esto los hombres que tienen dudas sobre el gusto deben reconocer la existencia en algún sitio de una norma verdadera y decisiva, una cuestión de hecho y de existencia real. Al mismo tiempo, deben ser indulgentes con los que difieren de dicha norma. Con esto Hume está admitiendo además de que hemos de encontrar dicha norma, que también hemos de poder educarnos en ella, ya que tendremos un criterio que nos servirá como guía.⁴

Hay que entender que desde este momento, con esta pretensión y a pesar de todo lo que ha firmado con anterioridad, (o mejor dicho de cómo se ha interpretado lo que hemos visto hasta ahora) Hume, a mi parecer, está comenzando a variar su argumentación. Un factor clave que también muestra claramente este cambio y que ha sido muy discutido se halla en la anécdota a la que Hume hace referencia y que extrae del Quijote. Él mismo la transcribe del siguiente modo:

“Con razón, dice Sancho el escudero narigudo, pretendo entender de vinos: es esta en mi familia una cualidad hereditaria. A dos de mis parientes les pidieron en una ocasión que dieran su opinión acerca del contenido de una cuba que se suponía era excelente, por ser viejo y de buena cosecha. Uno de ellos lo degusta, lo considera, y tras maduras reflexiones dice que el vino sería bueno si no fuera por un ligero sabor a cordobán que habría percibido en él. El otro tras tomar las mismas precauciones, pronuncia también su veredicto a favor del vino, pero con la reserva de cierto sabor a hierro que fácilmente pudo distinguir. No podéis imaginar cuántos se les ridiculizó a causa de su juicio. Pero ¿quién rió último? Al vaciar la cuba, se encontró en el fondo una vieja llave con una correa de cordobán atada a ella”.⁵

Vemos por tanto que existe una contradicción o cuando menos una tensión en la forma en que Hume trata de explicar el problema de hallar una norma del gusto. Y esto porque Hume afirma de entrada que tenemos gustos distintos, y sin embargo luego dirá que su norma se basa en una concepción psicológica de la naturaleza lo que supone que todos tendríamos que tener los mismos gustos. Todos estamos constituidos del mismo modo, y todos tendríamos que reaccionar de igual modo frente a un cierto estímulo. De no hacerlo, sería simplemente por un “defecto de fábrica” en nuestro organismo.

Por ello y en base a esta idea, no es de extrañar que Hume entienda el gusto como una facultad psicológica interpretable del mismo modo en que interpretamos la visión de los colores: todos recibimos los mismos estímulos, todos tenemos las mismas respuestas, todos vemos los mismos colores y que, por ejemplo, un daltónico no coincida con nosotros es tan sólo la prueba de que algo falla en su organismo.

No es fácil, por tanto, fundamentar una norma del gusto sobre la idea de una causalidad externa que hace cambiar una sensación interna en nosotros y al tiempo admitir que existe una gran variedad de gustos y que todos ellos pueden llegar a ser igualmente válidos. Esto ha sido causa de dos cosas:

⁴ Véase D. Hume, *La norma del gusto y otros ensayos*, pp. 30, ss.

⁵ Véase D. Hume, *La norma del gusto y otros ensayos*, pp. 33.

1. la causa por la que Hume ha sido normalmente interpretado como un subjetivista en los manuales clásicos de estética,
2. que se perciba en él esta tensión entre la variedad de gustos y el hecho de que todos tendríamos que tener exactamente el mismo gusto debido a nuestra conducta psicológica; tensión que desaparece en mi opinión si se le da a Hume un tratamiento diferente al que normalmente ha sido sometido.

Lo importante es que necesitamos buscar una norma. Necesitamos encontrar la manera de emitir un juicio ante el cual todos estemos de acuerdo en que es un juicio acertado o no. ¿Cuál será el juicio acertado? El que digan los críticos; pero y los críticos ¿por qué lo son? Porque llegan a ese juicio, se adhieren a él.

Este es un punto en el que Hume entra claramente en una circularidad. Parece que no podrá establecerse nada si partimos de tal planteamiento, ya que dentro de una teoría estética no se resolvería el problema de hallar una norma, sino que más bien la tensión ante tal dificultad, ante tal búsqueda, aumentaría.

Pero si pensamos cómo Hume resuelve este planteamiento nos daremos cuenta de que puede que no esté hablando sobre una teoría estética, de una manera explícita, sino que al hablar de la norma del gusto está hablando de algo más que una mera facultad. Se trataría de pasar de un plano psicológico (dentro del cual se ha concebido normalmente a Hume) al plano sociológico que, a mi parecer y por las razones que voy a explicar, le corresponde más legítimamente. Es decir, pasaríamos de entender la norma como una ley causal a entenderla como una regla.

Nos dirá Hume que en todo caso el buen gusto de alguien está mediatizado por el contexto y la época que le ha tocado vivir. La práctica, a la que han de someterse los buenos críticos es sólo una práctica que me ayuda a distinguir qué cosas son de buen gusto en el contexto donde vivo y qué cosas no lo son. Con esto Hume rompe su planteamiento inicial porque sea o no sea una cualidad subjetiva la cuestión de la belleza, está claro que yo puedo y debo educarme para ser un hombre de buen gusto en la sociedad en la que vivo. Y eso porque Hume entiende la educación como un refinamiento que adquirimos en el trato con los demás. Se trata de pulirnos, y lo que pule es dicho trato con los demás.

Además si se tiene un mínimo de delicadeza, se tiene un mínimo de buen gusto, y según Hume, se nos abre con ello la posibilidad de ser educados. Incluso, el mal gusto abre esa misma posibilidad puesto que en ello, en la educación, reside la vía para llegar al buen gusto. Evidentemente todo esto dentro de un contexto y unas concepciones determinadas. Por ello, yo diría que Hume más que de gusto en sentido estético está hablando de buenas maneras; este concepto podría ser extrapolable a lo que hoy llamamos "saber estar".

Si tomamos a Hume desde esta perspectiva la tensión que pudiese crear su planteamiento desaparece, en la línea de autores como Shaftesbury o Addison. No se trata entonces, de buscar una norma o una fundamentación de tipo metafísico. Hume quiere realizar algo mucho más práctico, y mucho más realista. Hume está diciendo que nos educamos en el gusto de aquellos que nosotros creemos que tienen buen gusto, de aquellos que nos importan que nos tengan en consideración y que nos crean también personas de buen gusto.

Aquí es donde encaja el concepto de simpatía en Hume, no como un mecanicismo de tipo naturalista, sino como una conducta puramente social: deseamos ser aprobados, y nada nos agrada más que observar en otros hombres, sobre todo en los que nos importan, los mismos sentimientos que se dan en nosotros.⁶ El propio Hume nos dirá en su *Tratado* al hablar de las pasiones: "... aún cuando la buena fama sea en general algo agradable recibimos con todo una satisfacción mucho mayor cuando somos apreciados por aquellos a quienes estimamos y apreciamos, que cuando lo somos por aquellos que despreciamos y odiamos. De igual modo, nos hiera especialmente el desprecio de aquellas personas a cuyo juicio concedemos algún valor, y en cambio nos resultan casi enteramente indiferentes las opiniones del resto de los hombres".⁷

Igual que autores como P. Kivy recogen, estoy dentro de un contexto, y yo como observador (si no es el caso) he de tener la capacidad necesaria para ajustarme a la cosmovisión de aquello que estoy observando.⁸

Por tanto, mi criterio ha de basarse en la simpatía. No tengo que preocuparme en último extremo de si es bella una puesta de sol, más bien he de cuestionarme si es de buen gusto comentar en un café, tal y como Addison haría, la belleza de una puesta de sol, o si por el contrario corro el riesgo de ser bastante pedante.

En definitiva parece que llegados a este punto, Hume más que intentar plantear una teoría estética, está intentando plantear una teoría social de las buenas maneras: esto es, las inquietudes estéticas tendrán más que ver con una cultura civil centrada en el ideal del "gentleman" que promueve el hombre de corte liberal de la Inglaterra de finales del XVII y principios del XVIII, frente a los viejos ideales conservadores sometidos aún al poder de la Iglesia y la corte.⁹

Con esto, Hume rompe la circularidad con respecto al problema de los críticos y de la norma del gusto de la cual se le acusa. También Peter Jones está de acuerdo en este punto afirmando que tal circularidad no se da en Hume, sino que su postura se basa en que cuando adquirimos unas prácticas sociales y convencionales que las gobiernan, aprendemos al tiempo quienes cuentan para nosotros como los expertos y qué cosas son generalmente aceptadas como mejores ejemplos. Más allá incluso de un comportamiento social, un espectador desea responderse que sus respuestas se parecen a las de sus vecinos, y compartir con ellos lo que él disfruta. ¿Cómo llegar a esto? Por medio de la educación y la simpatía.¹⁰

Hume habla de simpatía en su sentido etimológico: *sympatheia*, comunidad de sentimientos, conformidad o analogía de sentimientos. Por tanto, todo lo que vengo explicando hasta ahora está basado en ese concepto. Y tal concepto encuentra su mayor y mejor aplicación en el contexto de las buenas maneras, en definitiva, en el contexto social.

⁶ C. Rodríguez Lluésma, *Los modales de la pasión*, Eunsa, Navarra, 1997.

⁷ D. Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, Tecnos, Madrid, 1988, p. 445.

⁸ Véase P. Kivy, "Hume's neighbour's wife: an essay on the evolution of Hume's aesthetics", en *The British Journal of Aesthetics*, 23, 1983, pp. 195-208.

⁹ Véase C. Rodríguez Lluésma, *Los modales de la pasión*, p. 177 ss.

¹⁰ Véase P. Jones, "Hume's literary and aesthetic theory", en D. Norton (ed.), *The Cambridge companion to Hume*, Cambridge University Press, Cambridge 1993.

Respecto de la educación, Hume recomienda cinco normas para ser un buen crítico:

- Delicadeza de sentimiento.
- Exactitud de percepción, buen sentido.
- Práctica.
- Perfeccionamiento por la comparación.
- Vacíarse de todo prejuicio.

Es importante destacar que Hume afirma que se puede prescindir del buen sentido, pero no de la delicadeza de sentimiento, en tanto en cuanto es la capacidad necesaria para captar la belleza, para captar el buen gusto. Incluso llega a escribir sobre el buen sentido que no es una parte esencial del gusto, es el menor de los requisitos de las operaciones de esta facultad. Al tener delicadeza ya tengo un grado mínimo de gusto, cosa que en caso contrario no ocurriría, por tanto hemos de ser educados en el gusto desde el propio gusto. Sólo teniendo la capacidad de captar el buen gusto, tendremos buen gusto; y sólo tendremos buen gusto, si tenemos la capacidad de captar qué es el buen gusto. Esto muestra que en este sentido, Hume se está moviendo dentro de una circularidad hermenéutica.

Así podemos decir que Hume se ha visto inmerso dentro de una corriente subjetiva que no es la que propiamente parece corresponderle. Y esto porque Hume está siguiendo una línea marcada por la estética escocesa del Siglo XVIII dentro de la cual la identificación entre bondad y belleza hace que el gusto se entienda como algo más que una categoría estética. Hume habla de gusto dentro de la línea de esa identificación y es justo en tal identidad donde ha de entenderse su teoría.

Por tanto el gusto al que Hume se refiere se sitúa en ese ámbito y no es necesario extrapolarlo a un campo de fundamentaciones metafísicas o psicológicas que a Hume realmente parece no interesarle. Y eso porque no lo necesita, porque en mi opinión al estar hablando de filosofía social su fundamentación no tiene por qué ir más allá de lo que trata, y no creo que Hume lo busque.

Su base para la norma del gusto no tiene por qué ir más allá de un contexto social, de una manera de comportarse y de una actitud estética si se quiere, es decir de un total pragmatismo y realismo. Este realismo no está reñido con su tolerancia ante los diversos gustos. Hume no tiene ningún problema en admitirlos, porque al final, el buen gusto es aquello que tienen los que a nosotros nos importan y que creemos que tienen buen gusto.

En definitiva, la norma no es una norma de tipo metafísico; no es una norma psicológica. Al estar hablando de buenas maneras, la norma se forma y se sostiene en todos los sentidos en su nivel social y práctico. Imaginemos que jugamos a cualquier tipo de juego; sólo cuando estoy jugando las normas se constituyen como tales. De igual modo sólo cuando vivo en un determinado contexto social y participo de él, es cuando la norma del buen gusto, la norma de las buenas maneras, se constituye como tal. Cada contexto cultural, independientemente de que sea o no relativo es absolutamente real. Y el hecho de que la norma se funda en esa realidad no es subjetivo.

De esta forma, si entendemos el planteamiento de Hume como la búsqueda de una norma del buen gusto en el contexto donde vivo, podré explicar el por qué de la variedad de gustos, el por qué de la existencia de la norma y el por qué de la necesidad de educarme en tal norma, sin caer por ello en ninguna tensión que provoque una interpretación de corte subjetivo.

Ana López Vega
Gibraltar, Blq. 2, 2º A
29680 Estepona
Málaga